

PRESENTACION

LA Fundación Pastor de Estudios Clásicos, en su larga y varia actividad, ha procurado constantemente no limitarse a los temas estrictamente implícitos en su enunciado, sino complementarlos con los tocantes a los campos afines de la ciencia de los manuscritos, Epigrafía, Arqueología, Historia antigua; y, gracias a la entusiasta colaboración de abnegados colegas, ha sido capaz de dedicar modestos, pero activos seminarios al estudio, por ejemplo, de los mosaicos, excavaciones importantes, el puteal de la Moncloa, la realeza en la Antigüedad; pero tampoco hemos creído que debiéramos detenernos en el tradicional hito del 476. No es posible, en efecto, entender bien lo clásico si se prescindiese de lo postclásico, protomedieval, tardomedieval o renacentista.

Confieso, junto con mi insuficiente preparación al respecto, mi ya antigua perplejidad sobre ese pueblo visigótico inserto al parecer desde tan fuera en el caudal de nuestra vida colectiva. De niños nos asateaban los maestros con aquellas raras listas de "reyes godos" a los que la frecuente W inicial daba un toque exótico, pero sin decirnos que tendríamos en todo caso que compartir siglo y medio de la gloria de aquellos monarcas, cuyas idealizadas efigies ornamentan aún la plaza de Oriente, el Retiro y los paseos de diversas ciudades españolas, con nuestros vecinos los franceses; durante mis años juveniles, en que la penuria de profesorado me forzó a dar clases de Lingüística indoeuropea traduciendo con los alumnos la Biblia de Úlfilas, me preguntaba, sin datos suficientes a la sazón, si de verdad aquellos reyes habrían hablado un idioma germánico; en seguida me di cuenta de que no era así, de que venían ya latinizados y arriamente cristianizados desde la Europa oriental y central; así como también de que las pocas palabras de etimología germánica registradas por nuestros léxicos presentan en general orígenes cronológicos o anteriores o más tardíos, de modo que apenas subsisten de la leve apoyatura lingüística que nuestros invasores trajeron sino algunos onomásticos y topónimos. Y no es extraño que el rudo pueblo guerrero que nos visitaba haya quedado prendado por el prestigio del latín y el brillo ya decreciente, pero aún intenso, de la floreciente cultura hispanorromana: algo parecido iba a ocurrirles a los nuevos conquistadores, los Árabes, a partir del siglo VIII. El naciente español tuvo fuerza para eliminar la lengua de Mahoma como antes el latín había absorbido, salvo en el caso del contumaz vascuence, casi todos los vestigios idiomáticos griegos, fenopúnicos, ibéricos y celtibéricos.

Los Visigodos constituyeron, esto está en todas las enciclopedias, un tenue y poco numeroso superestrato pronto diluído por los matrimonios con las deleitables hispanorromanas, nietas de las hermosas puellae cantadas antaño por los vates de la urbe. Pero no dejaron por ello de cumplir una misión importante estableciendo una firme estructura en un territorio sometido al riesgo de automatización después del colapso postteodosiano. Y aún pudieron — permítaseme que, pecando contra las rigurosas leyes historiográficas que prohíben divagar sobre futuribles, dé aquí rienda suelta a la imaginación de un no historiador de profesión— haberse erigido en contrapartida del Imperio de Oriente, enfermo siempre, pero no moribundo hasta muchos siglos después, si Ataúlfo, casado con la hermana de Honorio, la formidable Gala Placidia, no hubiera sido lastimosamente asesinado al año siguiente dejando un hijo, llamado significativamente y en calidad de eslabón histórico, Teodosio, como su abuelo, que murió en seguida quedando sin descendencia, su viuda no habría podido convertirse en esposa de Flavio Constancio ni se habría escorado hacia Bizancio como lo hizo con éxito; en las mitades oriental y occidental de la escindida Romania pudieron haber reinado dos sobrinos de Honorio, Teodosio II y, en lugar de Valentiniano III, hijo del segundo connubio de Gala, el nonato vástago de Ataúlfo que pudo —siempre el mismo verbo— hacer de Tolosa otra Constantinopla si se lo hubieran permitido los anárquicos talantes de los magnates de esta parte del mundo.

Volvamos, en fin, a la realidad. Nos las tenemos con un reino visigodo sacudido durante casi trescientos años por continuas y tremendas crisis internas, problemas nacidos del sistema electivo de sucesión al trono —magnífico, a lo largo de la Historia, en la época áurea de Nerva y sus sucesores; pésimo en este caso, por ejemplo, en la Polonia del barroco—, desapariciones violentas de la mayoría de los reyes, y, el exterior, lucha a muerte de los primeros tiempos con los bravos Suevos y Vándalos, peligrosísima invasión bizantina que también podría haber sido ocasión de otro copernicano giro histórico de haber prosperado; y, como corolario de todo ello, falta de energía, desgana de vivir en los últimos reinados; pero un reino que llevó a trancas y barrancas su función de enlace entre la Antigüedad y el Medioevo y es digno por ello de ser evaluado atenta y objetivamente.

A ello hemos acudido en nuestra Semana. Contábamos por fortuna con el infatigable y docto magisterio de Jacques Fontaine, verdadero inspirador de la iniciativa, y con la tenaz y competente actividad de Luis A. García Moreno, a quien corresponde la mayor porción de su mérito organizativo; y, para coronar la labor, otro dinámico y acreditado catedrático de la Universidad de Murcia, Antonino González Blanco, fiel al sedimento visigótico de aquellas tierras en que está enclavada la Cartagena de los Licinianos, Leandros e Isidoros, se nos ha ofrecido generosamente a editar, como hoy lo hacemos, unas Actas con las que la Fundación sola no habría sido capaz de enfrentarse. Ni olvidemos, claro está, a los componentes de la larga lista de ayudas que más adelante se leerá: véase con qué bondad nos han favorecido personas, instituciones y autoridades no sólo de Madrid, sino también de las otras dos sedes de la ambulante reunión, nada menos que Toledo, la histórica capital de los Visigodos desde Recaredo, y Alcalá de Henares, la ínclita Complutum, cuya Universidad está por cierto absolutamente obligada a recuperar el nombre a ella arrebatado por

las secuelas del centralismo borbónico y que fue ya sede episcopal en la época gótica.

García Moreno hace una jocosa alusión al afectuoso remoquete con que la sorna de nuestros jóvenes colegas bautizó el coloquio y cuyo origen resulta bien explicable. Fontaine, a quien sin duda le quedan por delante los largos años de vida que le deseamos, sugería como fechas conmemorativas del simposio las décimocuartas celebraciones de la conversión del hijo de Leovigildo (587) o el III Concilio de Toledo (589). Yo, acordándome de mis casi catorce lustros y de mi entonces inminente jubilación anticipada, pensaba, con mi característica impaciencia personal y profesional, que esos años, de los que el primero correrá ya cuando aparezcan estas líneas, se vislumbra demasiado lejos desde el punto de vista de quienes tengan razones para estar *quam minime creduli postero die*. Hablé, pues, al principio y un poco en broma, de 1985, año en que culminaban mil cuatrocientos desde el martirio de S. Hermenegildo, y así se hizo en fin de cuentas. No se me ocultaba —y al alcance aún de los más legos se halla la preciosa introducción de Díaz y Díaz al cuidadísimo Isidoro de Oroz y Marcos Casquero— que tampoco puede aún dilucidarse si en esa figura, que no subió a los altares hasta 1586 gracias al celo santificador de los Austrias, tenemos un auténtico mártir del Cristianismo no arriano, como opina el gran papa Gregorio el Grande, o un espécimen más, según pretenden con matices el Biclarense y el propio Isidoro y categóricamente Gregorio de Tours, de las edípicas rebeliones del hijo contra padre que, desde el príncipe D. Carlos hasta Fernando VII, ha prodigado nuestra Historia como la de tantos otros países. Pero el caso era empezar y terminar pronto.

El coloquio iba a ostentar en principio un carácter meramente español —pues el “hispanizado” Jacques no disonaba en ello— o todo lo más hispano-francés: al final pudimos comprobar con satisfacción que se habían inscrito colegas de casi una docena de naciones. Y así surgió, entre los días 21 y 25 de octubre de 1985, la Semana Internacional de Estudios Visigóticos cuyas conclusiones, con el significativo título de *Los Visigodos: historia y civilización*, ofrecemos en estas páginas.

Ningún punto importante de este “*conspectus*” ha sido, creemos, descuidado. Nuestros Congresistas nos han favorecido con bienvenidas aportaciones a la visión general de la Historia visigótica (la tesis del citado Gregorio de Tours según Saitta; los conceptos de identidad en Pérez-Prendes, de barbarie en Beltrán o de penetración popular en Domínguez Monedero; un caso límite entre el visigotismo y el romanismo de una personalidad histórica tratado por Rouché), determinados fenómenos históricos (Schwarcz, el siglo IV; Salvador Ventura, la irrupción bizantina; Claude y Fernández Valverde, el lamentable fin con los llantos que causó; Palol, el “rey fantasma” Achila que habría de seguir a Rodrigo en las listas) o histórico-sociológicos (del ejército habló García Iglesias, del campesinado García Moreno); temas literarios (la “Historia de Wamba”, Juan de Biclario y Valerio del Bierzo estudiados por Teillet, Ferreiro y Collins; un escritor no hispánico, Coripo, sobre el que oímos disertar a Ramírez de Verger) entre los que desde luego se lleva la palma el colosal Isidoro (Cazier, Codoñer, Chaparro, Diesner, Fontaine, Moya, Reydellet, Serna); precisiones jurídicas apuntadas por Gibert y Petit; el inmenso campo de la religión o, mejor dicho, las religiones y sus respectivas liturgias (Alonso Campos, Díaz y Díaz,

Díaz Martínez, Fernández Hernández, Linage, Orlandis, Pardo, Sanz, Ulbert, Vilella y Godoy); pasando a la Arqueología, tan merecedora de más amplios tratamientos, aportaciones de Barral y Carrillo (ideología, política y religión artísticamente plasmadas), Blázquez (mosaicos), Larrén (S. Miguel de Escalada), Marcos y Vicent (Córdoba), Posac y Puertas (Vega de Mar), Reimer (Daganzo de Arriba); y, como capítulos novedosos y atractivos, el de las famosas pizarras dadas a conocer por Gómez Moreno, en que tanto descollaron Canelas, Díaz y Díaz y Mundó y en que ahora trabajan con celo y excelentes logros las doctoras Alonso Ávila y Velázquez Soriano, y una llamativa muestra de iconografía medieval de los reyes visigodos con que nos obsequió la doctora Silva. Para todos ellos, y para los muchos benefactores que mencionábamos arriba, gracias, sinceras y rendidas gracias. Y ahora olviden estas pobres líneas y enfrásquense en lo que verdaderamente importa, la expresión escrita de tantos meritorios esfuerzos.

Manuel Fernández-Galiano.